

A M E R I C A c o n t i n e n t e u n i d o

POR JAIME TORRES BODET

Alocución pronunciada en la Abadía de Royaumont, en la sesión de clausura de una década sobre la América Latina

Después de tantos conferenciantes y artistas célebres como habéis tenido el privilegio de oír en estos días, siento todo el honor que me cabe en suerte al presidir la sesión de clausura de esta brillante década sobre la América Latina. Leyendo el programa de esas jornadas, ¡cuánto he lamentado no poder asistir a vuestras conferencias y a vuestros conciertos!

Al admirar las líneas de esta abadía, testigo tristemente mutilado de nobles aspiraciones y de violencias devastadoras, pienso, no sin emoción, que en la época en que dirigían su airosa fábrica, los arquitectos de la Isla de Francia desconocían (y toda Europa ignoraba con ellos) hasta la existencia del continente cuya viva imagen evocáis entre estos viejos muros.

Como mexicano, me congratulo profundamente de vuestro interés por la vida intelectual y artística de la América Latina. Fuera de los círculos instruidos de que sois representantes eminentes, y pese a los esfuerzos llevados a cabo no hace tanto tiempo por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, y hoy por editores, cineastas, directores de teatro, de salas de conciertos o de galerías de arte, demasiado pocos europeos conocen aún a nuestros poetas y a nuestros músicos, a nuestros novelistas y a nuestros pintores. La mayoría sigue encontrándose en relación con nosotros, aproximadamente en la situación de los contemporáneos de Cristóbal Colón con respecto a la civilización de los aztecas, de los mayas y de los incas, o de los discípulos de Platón cuando soñaban con el mito de la Atlántida. Ya sé que esa situación va modificándose rápidamente. Por eso no puedo menos de dar las gracias y felicitar a los organizadores de esta Década por haber tomado una iniciativa semejante y por haberla llevado a realidad con tanto acierto.

En mi calidad de Director General de la Unesco, aprecio, en estas jornadas de estudios, la voluntad de comprensión internacional que inspiró su propósito, y quisiera decir hasta qué punto es también ardiente esa voluntad en la América Latina.

Advertimos un signo de la voluntad a que me refiero en las relaciones que las Repúblicas latinoamericanas sostienen con la Unesco: 14 de ellas se han adherido ya a nuestra Acta constitutiva, 3 han anunciado su decisión de hacerlo muy en breve, y si las 3 restantes no lo han hecho aún,

no es por alejamiento de nuestro ideal, ni por indiferencia. Hay que esperar que en un día próximo la América latina, unánime, participará en nuestras actividades.

Por su parte, la Unesco ha probado cuánto estimaba ese concurso: la Segunda Reunión de la Conferencia General se celebró en México en 1947; se ha creado un centro de cooperación científica en Montevideo; en 1949 se organizó un seminario internacional en Quitandinha (Brasil); hay otro previsto para 1950 en el Uruguay; se han iniciado experiencias de educación fundamental en Colombia y en Haití; va a desarrollarse en el Perú una discusión de sabios sobre las reacciones biológicas en las grandes alturas; una misión de expertos se dispone a partir para Bolivia; se abrirá en La Habana un centro regional para coordinar nuestras actividades en aquellas vastas regiones. El doctor Metraux os ha hablado detalladamente de esta estrecha y fecunda colaboración.

Enfocar el destino de la América latina no es sólo medir la amplitud de los recursos y poner de manifiesto la rapidez de su utilización. Hay que llegar al hombre. Y ésa es la preocupación esencial de la Unesco. Se trata de saber lo que el hombre de aquellas tierras puede aportar al hombre de todas partes. ¿De qué contribución al progreso común se ha hecho capaz la substancia humana, modelada en aquellos países, a partir del momento en que entró a su vez en el inmenso concierto, un tanto confuso, del esfuerzo total?

A los ojos de ciertas personas, un escenario político a veces agitado oculta la realidad constante: un impaciente deseo de progreso social merced a

la implantación de un régimen de derecho, una voluntad de elevación humana mediante el culto de las artes, de las letras y de las ciencias. Profundamente arraigadas en la conciencia de los latinoamericanos, esas aspiraciones han tenido aún poco tiempo para sacudir el yugo de otras tradiciones contrarias. Ha sido forzoso contar por generaciones las etapas de una evolución que en otros lugares se media por siglos. Los siglos de la razón, de las luces, de la democracia, del derecho, que habéis recorrido vosotros con paso seguro, hemos tenido que atravesarlos nosotros en poco más de cien años. Nadie se extraña, en consecuencia, de ciertos sobresaltos; no hacen sino delatar la pujanza de un principio interior de liberación.

Verdad es que no siempre tuvimos que desbrozar el camino de las ideas libertadoras. En varios dominios, vuestros pensadores nos señalaron el rumbo, la Revolución francesa nos levantó con sus ejemplos. La historia de América latina ilustra la interdependencia de los pueblos en sus ideas y en sus actos. Cuando los Borbones se derrumban en España, el estandarte de la rebelión se alza sobre los Andes. Pero ¡ay!, cuando el principio nacionalista triunfa en Europa, la unidad continental amenaza dislocarse.

A la hora actual, los pueblos de todos esos países se sienten profundamente unidos y solidarios, no sólo por el sentimiento de un mismo pasado, sino por la conciencia de un porvenir común. Lo son también por la comunidad de cultura, y ante todo por el parentesco lingüístico que les liga al mundo latino. Pese a subdivisiones políticas y a querellas de fronteras —que, por lo demás, no han engendrado odios inexpiables—, la América latina sigue siendo el continente unido por excelencia.

La unidad de su cultura, en particular, es tan evidente, que a la hora en que la vetusta y gloriosa civilización latina se hallaba amenazada en sus fuentes mismas, sus defensores más ilustres volvían los ojos a nuestras jóvenes Repúblicas, y uno de ellos, Georges Duhamel, podía escribir: "Si la civilización occidental se desmorona

a lo largo de esta crisis dramática, podrá sobrevivir, florecer y fructificar en todas las grandes urbes de la América del Sur. Desde ahora tiene filiales muy poderosas que le sucederán como guardianas de las tradiciones, y que acaso la superen por las obras y por los métodos. Hacia ellas se vuelve como pudiera hacerlo una madre debilitada hacia sus hijos crecidos y sensatos."

De esa cultura, derivada del humanismo greco-latino, pero abierta a otras influencias, y que no excluye ni el realismo y el espíritu positivo anglosajones o escandinavos, ni el ideal contemplativo del Oriente o la inquietud eslava, la América latina no pretende hacer un monopolio. Le atribuye un carácter universalista y, asentándola sólidamente sobre el eje de la primacía de los valores humanos, la ofrece a todos los pueblos como un instrumento de comunión social y de elevación personal.

Este doble ideal se afirmó brillantemente en la novena Conferencia internacional americana que se celebró en la capital de Colombia, en Bogotá, del 30 de marzo al 2 de mayo de 1948. Por primera vez en el mundo una asamblea internacional proclamaba una común Declaración de los derechos y de los deberes del hombre. ¿Cómo no evocar a este propósito el camino recorrido desde el tiempo en que Nariño imprimía, en una prensa de mano, la Declaración votada por la Asamblea Constituyente francesa de 1789? ¿Y cómo no hacer hincapié en esa mención de los deberes que aspiro a no separar jamás de la afirmación de los derechos?

Esa declaración del 30 de abril de 1948 funda derechos y deberes en los atributos esenciales de la persona humana, y los pone bajo la protección internacional. Proclama, entre otros, los derechos a la vida, a la libertad, a la seguridad, a la integridad corporal, a la igualdad ante la ley; el derecho a la libertad, no sólo de opinión y de expresión, sino de la busca de informaciones, el derecho a fundar una familia, la protección de la maternidad y de la infancia, la preservación de la salud y del bienestar; el derecho a la educación y al beneficio de la cultura, al trabajo y a los ocios, no menos que a una justa retribución y a la seguridad social. A continuación enumera los deberes para con las diversas comunidades y con respecto a la ley; señaladamente el deber de cooperar con el Estado en sus obras de asistencia social.

No puedo citar todas las resoluciones adoptadas por esa histórica Conferencia, cuya obra comprende, a más de la Declaración de los derechos y de los deberes del hombre, un tratado de las soluciones pacíficas de los conflictos, un acuerdo económico, convenciones sobre los derechos cívicos y políticos de la mujer, una carta de las garantías sociales, y un pacto

INSTITUTO TECNOLOGICO DE MEXICO

DE LA

ASOCIACION MEXICANA DE CULTURA, A. C.

Escuela Preparatoria

4º y 5º años

Escuela de Economía

1º, 2º, 3º y 4º años

Escuela de Administración de Negocios

1º, 2º y 3º años

Palma Norte, 518, 6º piso.

Tels.: 18-68-43 y 36-35-74

MEXICO, D. F.

Director General:

LIC. EDUARDO GARCIA MAYNEZ



SON UNIVERSITARIOS MEXICANOS
LOS TECNICOS DE LOS

Laboratorios "MYN", S. A.

constitutivo de la Organización de los Estados americanos. En este último podemos leer principios tales como:

"Los Estados americanos condenan la guerra de agresión: la victoria no da derechos."

"La justicia y la seguridad sociales son bases de una paz duradera."

"La educación de los pueblos debe orientarse hacia la justicia, la libertad y la paz."

Después de los capítulos consagrados a la vida económica y social, se enuncian normas culturales.

"Los Estados Miembros convienen en favorecer, de acuerdo con sus preceptos constitucionales y con sus recursos materiales, el ejercicio del derecho a la educación sobre las siguientes bases:

a) La enseñanza primaria será obligatoria y, cuando la imparta el Estado, será gratuita,

b) El acceso a los estudios superiores será reconocido a todos, sin distinción de raza, nacionalidad, sexo, idioma, credo o condición social.

Los Estados Miembros se comprometen a facilitar, dentro del respeto debido a la personalidad de cada uno de ellos, el libre intercambio cultural a través de todos los medios de expresión."

Los autores de esos textos se acordaban sin duda, al dar a la vida social bases jurídicas tales, de la conmovedora frase de Benito Juárez: "El respeto al derecho ajeno es la paz."

A juicio de la América latina, el hombre es realmente el supremo valor del mundo. Para su exaltación, los más conscientes de entre nuestros predecesores no vacilaron en sacudir la sociedad hasta sus cimientos más hondos, persuadidos de que, libertando al individuo, servían un ideal social superior. Pienso en aquel joven aristócrata que llegó a ser jefe de los abolicionistas, Joaquim Nabuco, nacido hace justamente un siglo, en 1849, que combatió hasta la emancipación de los esclavos y dió al mismo tiempo al Brasil la gloria y el beneficio de operar una revolución sin derramar una gota de sangre.

Los prodigiosos vuelos de la Amé-

rica latina no la arrastran hacia ningún sueño de hegemonía. Recibe y protege a refugiados e inmigrantes del viejo mundo. Su poder de acogida es igual a su poder de expansión.

En aquellas tierras consagradas a la libertad, la independencia de las naciones sirve de base a un real internacionalismo; el privilegio de la cultura latina es concebido, no como la forma única ni la más bella de la cultura, sino como una de las armónicas del humanismo. El Estado quiere ponerse al servicio de la Nación, y la Nación al servicio del hombre libre. Por esta subordinación a un valor que le supera, el Estado pasa a ser apto para colaborar con los demás Estados del mundo en el servicio de la misma causa, en el desarrollo de la persona humana. Ha ocurrido, en otras partes, que la existencia del Estado haya precedido a la conciencia nacional y la haya formado; en la América latina, es el ideal del hombre el que derrocó el orden antiguo y suscitó las repúblicas contemporáneas. En el origen de nuestros distintos Estados existe una comunidad esencial de pensamiento y de aspiraciones. El ejército de Bolívar contaba con colombianos y, antes de que esas denominaciones existiesen siquiera, con peruanos, bolivianos y voluntarios de otras muchas nacionalidades. Un peruano representó a México en Londres. El apóstol de la independencia cubana, José Martí, escribía: "En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre." ¡Cuántos ejemplos podrían citarse de esta honda comunidad! Si fué la inspiradora de nuestras revoluciones, sigue siendo el lazo de nuestra solidaridad americana.

Más aún: la América latina está persuadida de que ese ideal del hombre libre es el único a la medida del mundo. Con la Unesco y por la Unesco, llama a todos los pueblos del mundo a unirse en un vasto esfuerzo de cooperación, con miras a hacer de los Derechos del Hombre, y especialmente del Derecho a la educación y a la cultura, la conquista efectiva y concreta del siglo XX.

La Cultura . . .

(Viene de la página 5)

o menos en la marcha de la Universidad. Por otra parte, el propósito esencial de ella es estar "íntegramente al servicio del país y de la humanidad, de acuerdo con un sentido ético y de servicio social, superando constantemente cualquier interés individual". Todo esto se integra en un programa con el que la institución se preocupa por formar profesionistas, investigadores, profesores universitarios y técnicos útiles a la sociedad; por organizar y realizar investigaciones principalmente acerca de las condiciones y problemas nacionales y por extender con la mayor amplitud posible los beneficios de la cultura.

Nuestra Universidad no trata de impartir solamente instrucción superior, sino también le interesa contribuir a la educación y a la orientación de la juventud, precisamente para prepararla lo mejor que se pueda para que más tarde sirva a la sociedad como ella lo espera y lo necesita. También, cuando prepara a los jóvenes para la investigación y cuando la realiza a través de los institutos que forman parte de la Universidad, sin descuidar la investigación pura, cuya utilidad es innegable, le preocupa sobre todo hacerla con las situaciones y los problemas nacionales, que necesitan ser bien estudiados y conocidos para que esto sirva de base a los programas y los planes que se formulen para su resolución. Pero el que nuestra Universidad se esfuerce, sobre todo, en desarrollar una obra fundamentalmente nacional, no le impide estar al tanto de lo que pase en el resto del mundo ni le son indiferentes sus problemas.

Por todo esto contribuye, en la medida de sus posibilidades, a la realización de los fines que corresponden a la Universidad dentro de la organización educa-

tiva mexicana y, por lo mismo, también contribuye dentro del campo de la cultura a que ésta se haga a la vez más extensa y más intensa y se ponga, como debe ser, al servicio del país y de la humanidad.

La cultura universitaria no es lo mismo que instrucción o educación universitaria, sino el resultado de ambas cuando su orientación es correcta y positivo su aprovechamiento. Quienes la recibieron y en quienes dejó la huella que ambicionan los que desean ponerla, no sólo al servicio de sus intereses personales, sino también al de la patria y con ella al de la humanidad, sin dejar de aplicar y utilizar sus conocimientos en el ejercicio de las actividades que elijan, lo harán dentro de la atmósfera que significa, no sólo la preparación profesional, sino la amplitud de criterio, el rigor del juicio y el interés humano que, si son atributos de la cultura en general, lo son todavía más de la que se satisface en ser universitaria.

La tradición de este carácter es, como se dijo al principio, muy antigua entre nosotros. Nuestra vida universitaria, deslizada a través de los cuatrocientos años que lleva de haberse iniciado, ha sufrido la influencia de las vicisitudes de nuestra historia y de los cambios de nuestra vida social. Después de la Revolución, se ha esforzado en contribuir en lo que le corresponde al mejoramiento individual y colectivo. Y en la época contemporánea, por intermedio de su Presidente universitario y de sus colaboradores también universitarios, está todavía más cerca de las necesidades del país y con más oportunidades para que la cultura universitaria se ponga efectivamente a su servicio. Con ello, sigue siendo válida la cétera frase del Maestro de Maestros Justo Sierra: "En el amor de la ciencia y de la patria está la salud del pueblo."

Suscríbase usted a la revista
Universidad de México

Letras • Ciencia Sociología

ACTUALIDAD UNIVERSITARIA Y ARTISTICA

La suscripción anual cuesta \$5.00